

SAMUEL A. LILLO

CANTO LÍRICO

A LA LENGUA CASTELLANA

PRIMER PREMIO EN LOS JUEGOS

FLORALES CERVANTINOS CELEBRA-  
DOS EN VALPARAISO. ■ ■ ■ ■

1916

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena



Ubicación: 111/136 - 891/1

Año: 1971b

GVS: 7310 941

Biblioteca Nacional



199610

A mi eterno amigo d. Carlos Ramírez  
y su colección  
Samuel Lillo 436941  
CANTO LÍRICO  
11 (136-69)

# A LA LENGUA CASTELLANA

POR

SAMUEL A. LILLO



SOCIEDAD IMPRENTA - LITOGRAFÍA "BARCELONA"  
SANTIAGO DE CHILE  
1916

ES PROPIEDAD

## OBRAS DEL AUTOR

---

POESÍAS.—1900.

ANTES Y HOY.—Poema 1905.

CANCIÓNES DE ARAUCO.—1908.—3.<sup>a</sup> edición.

CHILE HEROICO.—1911.—Poesías premiadas en los Certámenes del Centenario.

LA CONCEPCIÓN.—Poema 1911.—2.<sup>a</sup> edición.—Premiada en el Certamen del Consejo de Letras.

LA ESCOLTA DE LA BANDERA.—Poema 1912.

CANTO A LA AMÉRICA LATINA.—1913.—Primer premio en los Juegos Florales de Tucumán.

CANTO A VASCO NÚÑEZ DE BALBOA.—1915.—Primer premio en el Certamen Universitario.

CANTO LÍRICO A LA LENGUA CASTELLANA.—Primer premio en los Juegos Florales Cervantinos de Valparaíso.

---

## EN PRENSA

CANTO LÍRICO A ISABEL LA CATÓLICA.—Premiada con la Flor de Oro en los Juegos Florales de la Raza en Concepción.

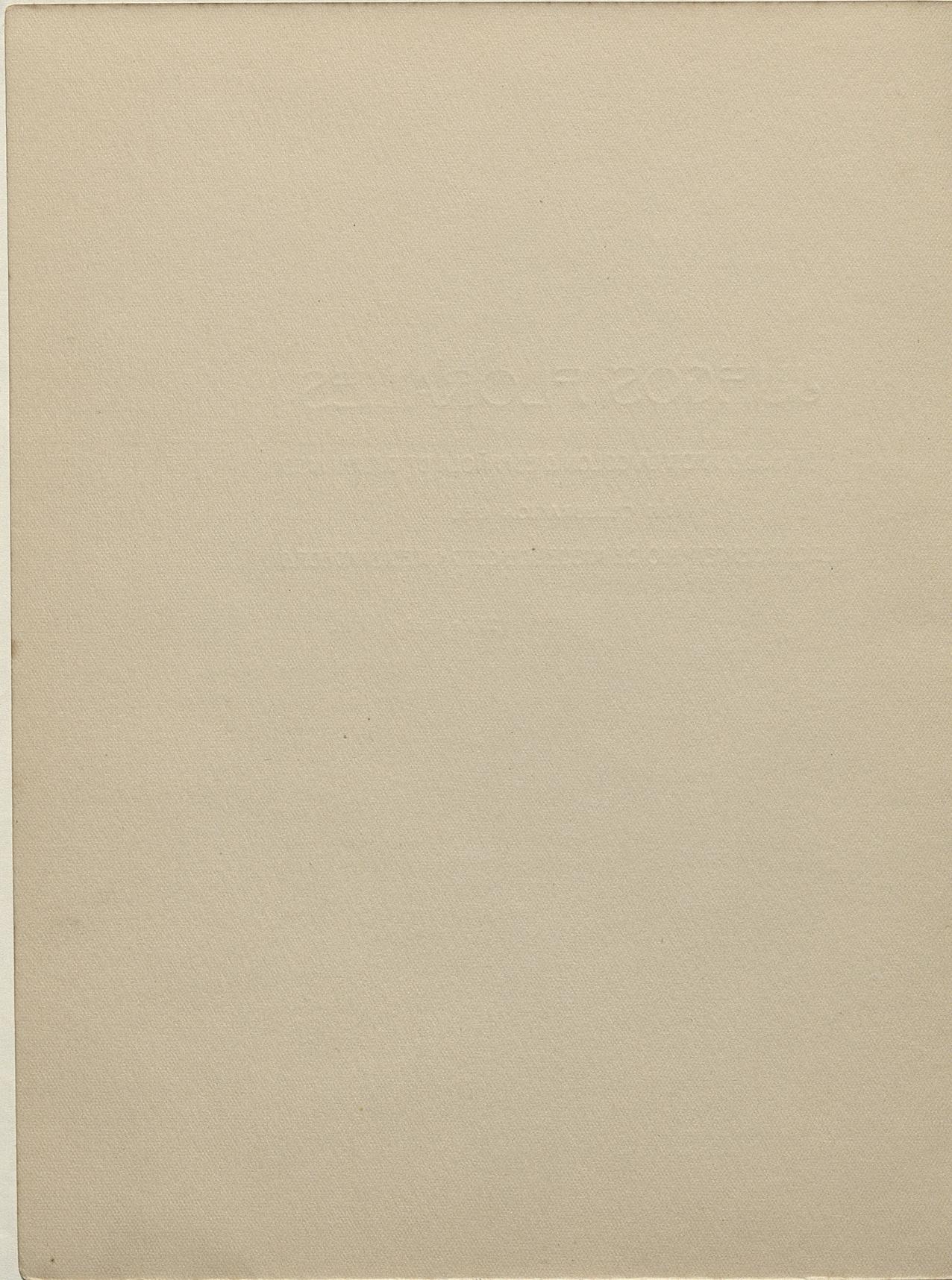
ST. GEORGE  
\* \* \* \* \*

# JUEGOS FLORALES

PREPARADOS POR LA COLONIA ESPAÑOLA DE VALPARAISO

EN CELEBRACIÓN DEL  
TERCER CENTENARIO DE MIGUEL DE CERVANTES SAVEDRA

23 de Abril de 1916.



## INFORME DEL JURADO

### TEMA C.

#### Canto a la Lengua Castellana

El "Canto lírico a la Lengua Castellana" por **Amílcar** arrebató el premio en el tema C. por la penetrante síntesis de la historia y de los escritores, por la corrección del lenguaje, la sonoridad del verso, la riqueza de la elocución poética y la severidad del estilo. Es una verdadera oda heroica, en donde las glorias de España y de su Literatura hallan acentos dignos de ella y en donde el poeta con elegancia, elevación de pensamiento, pompa de frase y rotundidad de períodos, excita en nuestra alma una emoción noble y profunda. Sin duda es la más bella de las obras poéticas presentadas a los Juegos Florales.

Egidio Poblete.—Roberto Peragallo S.—Juan de Dios Vergara Salvá.—P. Gerardo Diez.—Antonio Martínez.—Juan B. Montané.—Pablo Martínez.—Arturo Solar Vicuña.



## A LA LENGUA CASTELLANA

### I

Los grandes aluviones  
dejan, al descender por las pendientes,  
en las tierras estériles, los dones  
de cien nuevas simientes  
mezcladas en el légamo fecundo

con que van las montañas bienhechoras  
renovando las fuerzas creadoras  
de los senos escuálidos del mundo.

Así las fuertes razas que invadieron,  
siglos ha, las campiñas españolas  
con las inundaciones de sus greyes,  
dejaron tras de sí, cuando murieron  
los choques iracundos de sus olas,  
su sangre, sus idiomas y sus leyes,  
que, entre arranques magníficos de gloria,  
alzaron en sus valles y en su sierra  
la raza más heroica de la historia  
y la lengua más noble de la tierra.

Largos siglos hacía  
que la ardiente y bravía  
sangre de los semíticos iberos,

su corriente juntaba  
con la linfa serena que animaba  
los pechos de los célticos guerreros.

En sus navíos de cortantes proras  
guiados por Mercurio y por Citeres,  
llegaron de los mares del Levante  
caravanas de griegos mercaderes;  
y en sus raudas galeras triunfadoras,  
la hueste amenazante  
de los fieros campeones de Cartago  
que plantaron sus tiendas al halago  
de las huertas de Murcia y Alicante;  
mientras en Gades los fenicios barcos  
pasaban bajo los sombríos arcos  
de la selva y, subiendo la poética  
corriente de su río,  
iban a anclar su inmenso poderío  
en los frescos jardines de la Bética.

Cual sujetan los montes riberanos  
el silencioso empuje de las dunas  
que, cegando pastales y lagunas,  
avanzan tierra adentro por los llanos,  
así los celtibéricos pastores  
rechazaron resueltos las oleadas  
de los cartagineses invasores  
que, desde las riberas conquistadas,  
subían a sus rústicos alcores.

Mas un día, por sobre sus fronteras,  
rasgando de las nieblas mañaneras  
los girones flotantes,  
cruzó el espacio en bélicas hileras  
una bandada de águilas gigantes.

Eran las bravas águilas romanas  
que, sembrando la ruina y el estrago,  
en las remotas playas africanas

derribaron los muros de Cartago;  
subieron por las fértiles riberas  
de los mares asiáticos y fueron,  
sombreando los claros horizontes,  
a la playas helenas  
y se posaron en sus sacros montes  
y en los tumbados pórticos de Atenas;  
pasaron con colérico aleteo  
por sobre los germanos y los frances,  
cruzaron el salvaje Pirineo  
por cumbres y barrancos  
y, colmando su anhelo giganteo,  
fueron de triunfo en triunfo,  
al través de la ibérica meseta,  
a unir las puntas del enorme anillo  
que encerró, siglos, el poder y el brillo  
del imperio más grande del planeta.

Y hasta en la soledad donde su huella  
tan solo dejar pudo la alimaña,

alzóse una ciudad soberbia y bella  
como una emperatriz de la montaña,  
con sus termas, gimnasios y jardines,  
en donde un pueblo intrépido, orgulloso  
hablaba el armonioso  
idioma que a los últimos confines  
de la España, los Cayos y Escipiones  
llevaron con la voz de sus clarines  
y el empuje invasor de sus legiones.

La lengua del saber y la belleza  
presto arrolló con su imperial realeza  
los salvajes dialectos celtiberos,  
y, ungida soberana,  
llegó a ser en los tiempos venideros  
augusta madre de la lengua hispana

Como un sordo turbión que se desploma  
sin que nadie detenga su carrera,

los bárbaros cayeron sobre Roma;  
y aquella ola gigante desbordada  
saltó la pirenaica cordillera  
con rugidos de bestia desatada,  
golpes de lanza y rayos de cuchilla,  
e inundó, como enorme marejada,  
los codiciados campos de Castilla.

Al empuje indomable  
de los rubios colosos,  
cayeron con estruendo formidable  
los palacios airolos,  
los fuertes torreones  
y en los circos desiertos  
callaron para siempre los leones.  
Al hundirse las termas colosales,  
rota la fuente, el acueducto herido,  
quedó en los polvorrientos herbazales  
llorando el manantial, como si fuese

la lágrima postrera del vencido;  
en tanto en el cercano  
gimnasio que los cónsules alzaran,  
como un palenque del saber romano,  
reemplazaban las fieras y los vientos  
las voces juveniles que cantaran  
los versos de Virgilio y de Lucano.

Y la gótica horda del boscaje  
traía, cual divisa de su escudo,  
su bárbaro lenguaje  
de vocablos escasos y disformes,  
tan áspero y tan rudo  
como el recio trotar de sus enormes  
caballos de pelea, de grupa ancha,  
fornido cuello y talla de gigantes  
que, como sorda lluvia de peñascos,  
golpearon los llanos de la Mancha  
con el redoble de sus férreos cascós.

Del extraño y violento maridaje  
entre la dulce y fina  
lengua de la vencida gens latina  
y el idioma salvaje  
de aquel pueblo germano,  
como el hijo de un monstruo y una ondina,  
surgió el romance hispano.

En medio de su ronca algarabía,  
dando al viento los blancos alquiceles;  
los árabes en fúlgidos tropeles  
invadieron la libre Andalucía  
y al primer empellón de sus corceles  
tumbaron la española monarquía.

Y desde los desiertos africanos,  
armados de sus anchas cimitarras,  
corrieron por los campos toledanos

y, escalando las agrias Alpujarras,  
fueron sus leones a clavar las garras  
a los pies de los montes asturianos.

Traían las kabilas agarenas  
una sangre ardorosa y bullidora  
calentada en las líbicas arenas,  
una alma idealista y soñadora  
y una lengua poética y extraña,  
hecha para el amor y la epopeya  
tierna como una dulce melopeya  
grave como el torrente en la montaña.



II

¡Oh! montaña cantábrica sagrada,  
tú fuiste el arca santa guardadora  
de la raza indomada,  
en tus breñales se meció la cuna  
de la lengua sonora  
que los hijos heroicos de Pelayo,  
tras de largas centurias,  
llevaron con el rayo  
de su fulgente espada  
desde el sombrío montañal de Asturias,  
hasta el florido carmen de Granada.

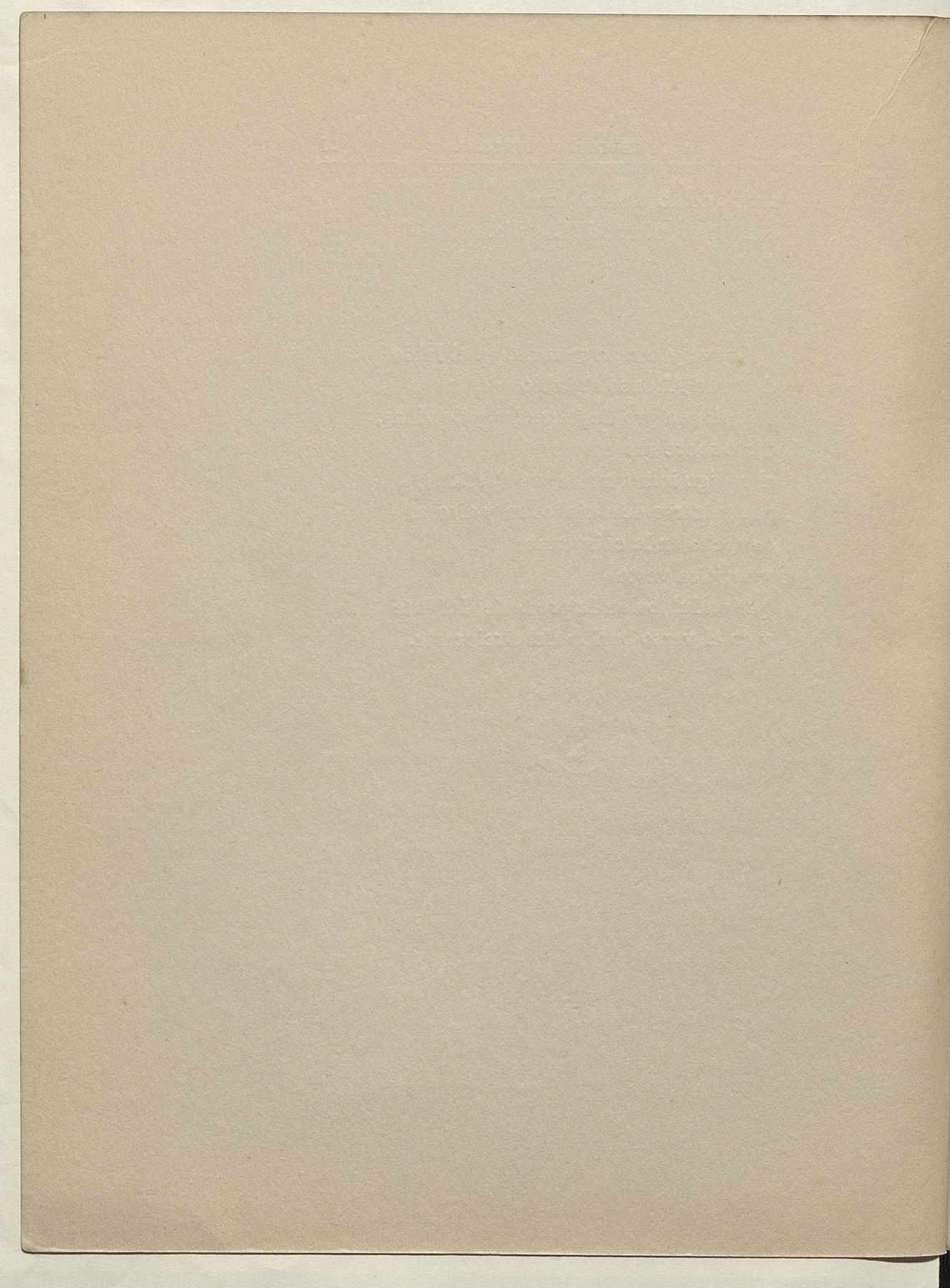
Y esta briosa lengua castellana  
que bajó de la rústica espesura  
como un turbio torrente,  
fué río en la llanura  
que tuvo, en su corriente  
serena y cristalina,  
la flexibilidad y galanura  
de la frase latina,  
la rudeza germana  
y la triste y poética dulzura  
que le prestara el habla musulmana.

Aspera y brava en su primer carrera,  
fué ingenua cual las lenguas infantiles  
que no conocen la doblez artera.  
En la trama sencilla  
de los versos viriles  
del Mio Cid, su homérico poema,  
que hoy más que nunca entre sus glorias brilla,

surge, como un emblema,  
el alma primitiva de Castilla.

Grave y serena se tornó en el labio  
del gran Alfonso el Sabio  
cuando, en pro de *faciendas* y de vidas,  
dictó sobre sus greyes  
el código inmortal de sus Partidas,  
para alzarse después joven y airosa,  
envuelta en la chispeante  
y satírica veste  
que ondulaba en la prosa del Infante  
y en el verso burlón del Arcipreste.





### III

¡Oh! lengua de poetas y campeones,  
has tenido, como hombres y naciones,  
también tu edad de oro,  
en que no se escuchaba sino el paso  
victorioso y sonoro  
de la banda triunfal de tus autores  
que, para orgullo de tu noble historia,  
coronados de espinas o de flores  
subían a la cumbre de la gloria.

Ved al gran Lope que primero asoma:  
¡Salve ¡oh! poeta monstruo que rompiste

el vaso arcaico que encerró hasta entonce,  
las tragedias de Atenas y de Roma!  
Tú al universo atónito le diste,  
sobre un eterno pedestal de bronce  
que sacudiera el huracán en vano,  
un teatro humano, de verdad, fecundo,  
sin preceptos ni rancias unidades:  
el poético teatro castellano  
que, erguido como un faro sobre el mundo,  
nos alumbra al través de las edades.

Inclinando al pasar las multitudes,  
con su corte de heroicos capitanes,  
sus princesas de amor y sus galanes,  
espejo fiel de todas las virtudes  
del noble pueblo hispano,  
por la española escena  
con majestad serena  
va Calderón, el trágico cristiano.

Cubierto por la egida de Minerva  
y por el casco olímpico de Marte  
que, como el oro de sus cantos brilla,  
ved, poeta y soldado,  
joven y apuesto, se levanta Ercilla,  
el cantor del Arauco no domado.

Y por la sangre y por el arte, hermanos,  
álzanse los Leonardo de Argensola,  
que, con los dos halcones sevillanos,  
Rioja y Caro, a tiempo detuvieron  
la banda de las aves vocingleras  
que, envuelta en una exótica aureola,  
intentó con sus falsos oropeles,  
sus fáciles y efímeros laureles,  
bastardear la alta lírica española.

En medio de la turba indiferente,  
un viejo hidalgo de ojos ya sin llama

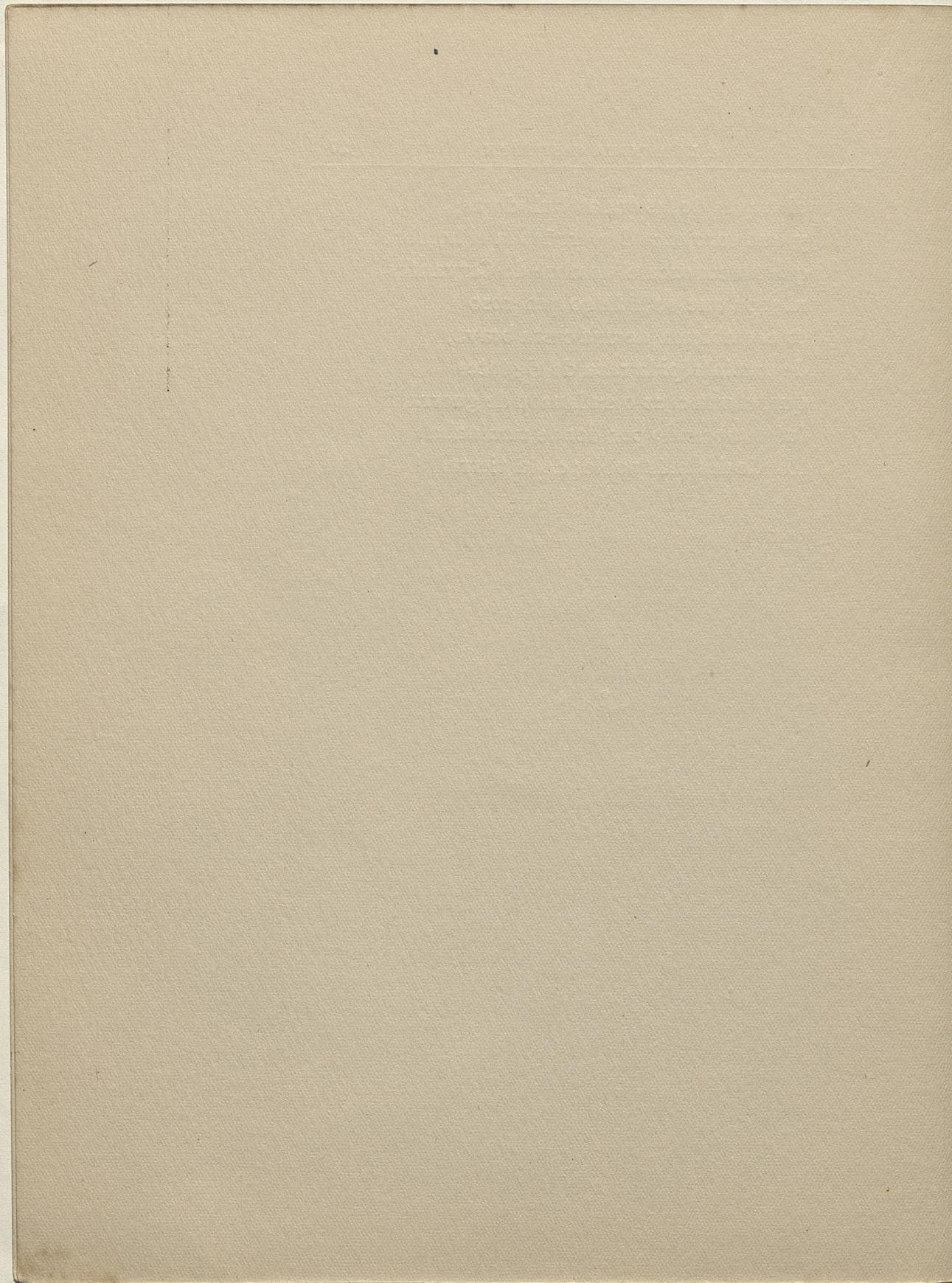
contempla la corriente  
de tantos elegidos por la fama.  
El está solo, mísero, olvidado;  
siente mortal beleño  
discurrir por su cuerpo fatigado  
y ni mira siquiera hacia el collado  
de la gloria, que fué su único sueño.

Ostenta en su semblante  
la triste palidez de las prisiones  
con huellas de amargura y de quebranto,  
y lleva un brazo inerte  
por el zarpazo que le dió la muerte  
en la heroica jornada de Lepanto.

De pie, para escuchar las vibradoras  
palabras de su nombre  
que hoy suena victorioso

al través de las ondas bullidoras;  
y que enrojezca de vergüenza el hombre  
que no conozca el nombre de Cervantes  
ni sepa que su hidalgo generoso  
es el emblema de una casta brava,  
de una intrépida raza de gigantes  
que, con la cruz o su lanzón de guerra,  
fué sembrando por donde caminaba  
los ideales más nobles de la tierra.





IV

Atravesando montes y oceanos  
y asombrando a la tierra con su hazaña,  
un tropel de centauros y de leones  
salidos de los campos castellanos,  
tras de una lucha homérica  
en que fué cada hidalgo una montaña,  
las vírgenes comarcas de la América  
ganó para los césares de España.

Los briosos campeones de Castilla,  
cuando cesaron las heroicas lides,  
y enmohecio en la vaina la cuchilla,

mezclaron con la sangre americana  
la sangre generosa de los cides,  
y dieron a sus hijos arrogantes,  
como lazo de unión para el futuro,  
la lengua de Rioja y de Cervantes.

Por eso van a ti nuestros loores,  
como si nuestros fueran  
tus glorias y dolores.  
Por eso ¡oh! madre hispana,  
nuestros hijos viriles,  
unidos a los tuyos, palpitaron  
en esta libre tierra americana  
al escuchar los yambos varoniles  
de la lira de bronce de Quintana;  
y lloraron contigo  
ante el dolor profundo y sobrehumano  
que aun exhalan las rimas  
de tu trágico cisne sevillano.

Antes que con su nota limpia y fresca  
como el sonido de una fuente clara  
el cantor del Idilio y de La Pesca  
los vates de la América arrastrara,  
en la criolla multitud vibraron,  
lo mismo que en Castilla,  
el ideal del romántico Espronceda  
y el alma legendaria de Zorrilla.

Y mientras voltejeaba en el espacio  
de Bello el numen clásico y sereno  
que con la grave corrección de Horacio  
tuvo toda la miel de un bardo heleno,  
cruzó Rubén Darío  
fustigando su indómita cuadriga  
y con rebelde brío  
vencedor de la flámula enemiga,  
atravesó los lindes de la América  
y fué a esculpir su nombre soberano

entre el aplauso de la gente ibérica  
sobre el alto parnaso castellano.

¡Oh! lengua en que rezaron mis abuelos,  
ya nadie de tus alas voladoras  
sobre estos mundos detendrá los vuelos.  
Erguido en la alta proa  
de su bajel, saludará el marino  
a los barcos que encuentre en su camino  
en la lengua viril con que Balboa,  
consagrara el imperio castellano  
cuando, un día triunfal, sobre las olas  
de ese mismo oceano,  
desplegó las banderas españolas.

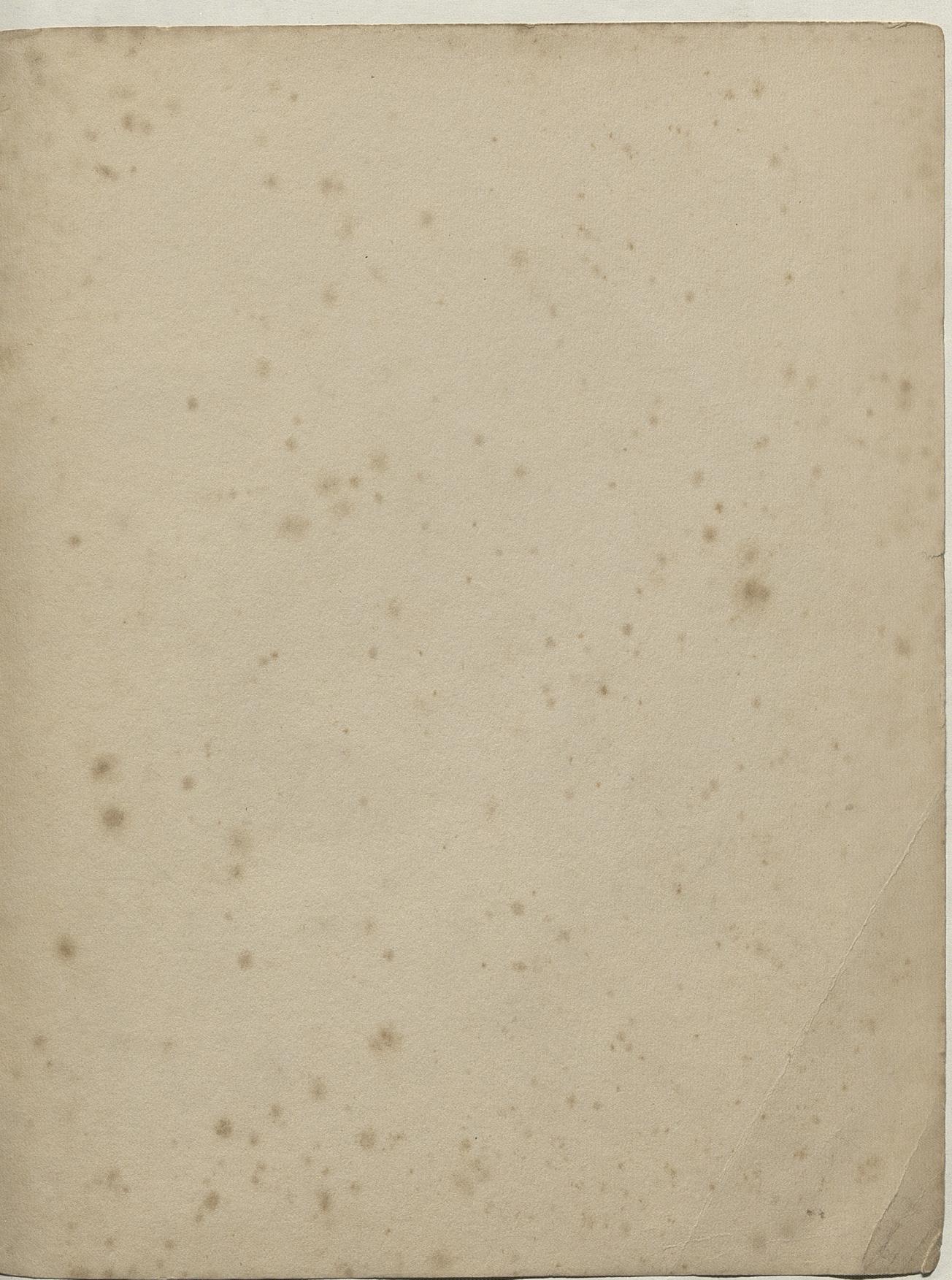
Ya creo ver sobre esta mar india, como una enorme Atlántida que asoma,  
la nueva patria hispano-americana

formada por diez jóvenes naciones  
unidas por los lazos de este idioma,  
sostenida por épicos campeones  
y cantada por bardos inmortales,  
que, con su voz, nos unirán mañana,  
en unos mismos altos ideales,  
desde la brava tierra mejicana  
hasta los archipiélagos australes.

SAMUEL A. LILLO,  
(Amilcar).



1666  
1667  
1668  
1669



6